

VIII. LOS MUERTOS VIVIENTES, UNOS MENSAJEROS DE FIAR

Ya hemos señalado en apartados precedentes que, bien para expresar sus quejas, bien para reclamar venganza, las almas viajeras regresaban del otro mundo a través de la puerta virgiliana de los sueños. Sin embargo, según otros testimonios posteriores, también existía la posibilidad de forzarlas a abandonar el averno con el fin de obtener de ellas mensajes del más allá. Así, en la historia de Telifrón de Apuleyo, el mago egipcio Zatclas era capaz de devolver un cadáver a la vida. Sin embargo, este episodio, en la medida en que se inscribe en el marco de la alta magia romana, realizada por varones cultos y respetables, carece de elementos capaces de suscitar ningún miedo. Por otra parte, tampoco hay que perder de vista que, según las propias claves del género literario de la novela romana, estos relatos son meras ficciones destinadas al simple entretenimiento. En cambio, la tradición romana sabía también de otros casos, menos amables, en los que los muertos, ya espontáneamente, ya víctimas de impías y aterradoras ceremonias, podían volver del otro mundo para comunicarse con los vivos.

1. UN HERALDO DEL MÁS ALLÁ

El presente relato se hace eco del caso de un soldado cesariano muerto que revive temporalmente para comunicar el futuro a Sexto Pompeyo, personaje, como veremos, frecuentemente ligado a los rituales necrománticos.

En la guerra de Sicilia, Sexto Pompeyo²¹⁰ capturó a Gabieno, el más valiente de los capitanes de la flota de César,²¹¹ y, a una orden suya, le seccionaron el cuello, que le quedó adherido apenas al tronco, y así permaneció en la playa todo aquel día. Luego, ya al anochecer, y ante una multitud que se había reunido, empezó a pedir entre gemidos y súplicas que Pompeyo fuera a él o bien que enviara a alguno de los amigos con los que compartía sus confidencias, pues tenía un importante recado del infierno para él. Pompeyo le envió a varios de sus amigos, a quienes Gabieno comunicó que la causa y los virtuosos partidarios de Pompeyo eran muy del agrado de los dioses infernales, y que, por ello, el resultado de la guerra sería tal como deseaba. Y que esto era lo que se le había ordenado comunicar. Y, como prueba de que esto era verdad, les dijo que, en cuanto terminara su misión, expiraría de inmediato. Y así ocurrió.

PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VII 53, 178-179

2. UN TALLER MÁGICO DESTINADO A LA REVIVIFICACIÓN DE CADÁVERES

Páginas atrás veíamos al mago Zatclas componiendo una eficaz escena en la que, gracias a una estudiada combinación de ropajes extravagantes, gestos solemnes y palabras misteriosas, creaba a su alrededor una atmósfera de asombro y temor. Nada mejor para suscitar la expectación y el arrobamiento de un público crédulo. Ahora bien: esta descripción no es fruto solo de la fantasía literaria de Apuleyo. Hay abundantes testimonios que certifican

²¹⁰ Hijo de Pompeyo que vivió entre los años 65 y 35 a. C. La anécdota puede datarse en torno al año 42 a. C.

²¹¹ El futuro emperador Augusto.

que esa era precisamente la persuasiva forma en la que los magos y hechiceros se presentaban ante su público. Así, los practicantes de la teúrgia se servían de una mise-en-scène que insistía en sus supuestos orígenes exóticos o bien trataban de procurarse un «aura de respetabilidad» parangonable a la que adornaba a los prestigiosos filósofos. En cambio, las brujas y hechiceros de baja extracción social enfatizaban los componentes aterradores de su profesión, sobre todo porque se rodeaban de un espacio de trabajo de aspecto macabro –lo que los modernos especialistas denominan la oficina mágica– que contribuía decisivamente a la creación de esa aura de misterio y temor ante sus eventuales clientes.

Me había ido ya para casa triste y con miedo de regresar con las manos vacías cuando en estas vi a un individuo que estaba trasquilando odres de piel de cabra con unas tijeras. Y pude distinguir cómo, después de atarlos bien, los inflaba y los dejaba colgando, en tanto que quedaban en el suelo los pelos amarillentos y, por ello, muy parecidos a los de aquel muchacho beocio. Tomé un buen puñado de ellos y se los llevé a mi señora ocultándole la verdad. Así, al comienzo de la noche, y antes de que regresaras de tu cena, mi Pánfila, ya fuera de sí, subió a una estancia bajo las tejas, la cual era un recinto desnudo en el extremo de la casa, con grandes vanos abiertos al viento y vistas a todos los puntos cardinales, y por ello perfectamente acomodado para realizar sus operaciones en secreto. Mas, antes de ello, dispuso su fúnebre taller con los adminículos de rigor: todo tipo de esencias aromáticas, láminas inscritas con caracteres misteriosos y restos de naves naufragadas. Y había expuestos allí gran cantidad de restos de cadáveres, algunos profanados durante el duelo y otros después de haber sido enterrados: aquí, narices y dedos;

allí, clavos de crucificados con carne aún adherida; por allá guardaba sangre de gente asesinada y calaveras rotas arrancadas de las bocas de las alimañas.²¹²

Entonces, tras entonar un ensalmo sobre unas entrañas aún calientes, hizo una libación de varios líquidos: agua clara de la fuente, leche de vaca, miel de la montaña y también hidromiel. Y, así, trabó aquellos pelos unos con otros y, una vez entrelazados, los destruyó arrojándolos, junto con muchas sustancias olorosas, sobre unas brasas rusientes. Entonces, rápidamente, y gracias al invencible poder de las artes mágicas y a la violencia demente con que forzaba a las deidades, los cuerpos cuyos cabellos ardían entre silbidos y chisporroteos adquirieron espíritu humano: sentían, oían y caminaban. Y, tras llegar a donde los llevaba el olor de sus propios despojos, se instalaron en la puerta porfiando por instalarse en el cuerpo de aquel joven beocio.

APULEYO, *El asno de oro* III 17-18

²¹² La descripción del taller de la bruja resulta muy semejante a la del de Celestina (auto 1): «Y en otro apartado tenía para remediar amores y para se querer bien: tenía huesos de corazón de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, haba morisca, guija marina, soga de ahorcado, flor de yedra, espina de erizo, pie de tejo, granos de helecho, la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Venían a ella muchos hombres y mujeres, y a unos demandaba el pan do mordían; a otros, de su ropa; a otros, de sus cabellos; a otros pintaba en la palma letras con azafrán; a otros, con bermellón; a otros daba unos corazones de cera, llenos de agujas quebradas, y otras cosas en barro y en plomo hechas, muy espantables al ver. Pintaba figuras, decía palabras en tierra. ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía? Y todo era burla y mentira» (Fernando de Rojas, *La Celestina*, Madrid-Barcelona, RAE-Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011).

3. EL INFIERNO SE HACE PRESENTE EN LA TIERRA

Llegamos, por fin, al más famoso y aterrador de los episodios de la literatura latina, la necromancia del libro sexto de la Farsalia, obra de Aneo Lucano (39-65 d. C.), quien –lo mismo que su tío, el filósofo Séneca– murió prematuramente al ser inducido al suicidio por Nerón. Lucano, poeta de asombrosa precocidad, fue autor de una amplísima producción literaria de la que solo han sobrevivido los diez primeros libros de la Farsalia, un poema épico inacabado, mas de gran aliento, en el que se propuso nada menos que competir con la Eneida de Virgilio. Y es que, si este cantó los legendarios orígenes míticos de Roma, Lucano centró su mirada en las guerras civiles del siglo I a. C., y más en concreto en el enfrentamiento entre César y Pompeyo –aunque el auténtico héroe de la obra parece ser Catón de Útica, arquetipo del paladín estoico–. Por otra parte, es preciso recalcar que a Virgilio le resultó fácil poblar el legendario pasado de la Eneida, ya tan lejano, de héroes inmaculados y refulgentes dioses. En cambio, en la narración del atroz período de las contiendas civiles, cuyas cicatrices estaban aún muy presentes en la Roma del siglo I d. C., las ninfas amables y las deidades generosas y providentes resultaban poco menos que imposibles. De ahí el crudo realismo que domina la obra de Lucano, un realismo que lo lleva a prescindir del aparato divino, tan típico del género. De hecho, algunos de los críticos literarios de la Antigüedad –tal es el caso de Servio– afirmaron que Lucano no había compuesto una epopeya, sino una historia en hexámetros. Ahora bien: una cosa es desentenderse de la intervención de los dioses en las cruentas e innobles guerras de los hombres y otra es desconocer el poder de las fuerzas del mal, que, como veremos, no se van a encarnar en oscuras deidades, sino en un ser humano particular. Este es, pues, el contexto del pasaje que nos ocupa. Descendiendo al terreno de lo particular, recordemos que la acción del mismo transcurre en los primeros días de agosto del año 48 a. C.

Los antiguos aliados, César y Pompeyo, se hallan en Farsalia, en el norte de Grecia, dispuestos a librar la batalla definitiva. Y, justo antes del combate, el innoble Sexto, hijo de Pompeyo, acude a Ericto, la más espantosa bruja de las letras romanas, con el fin de que le vaticine el desenlace de la batalla. En tal sentido, su figura constituye una muy eficaz contraparte literaria de la piadosa sibila de Cumas, guía de Eneas en su bajada a los infiernos. Y es que este largo pasaje es, en realidad, una relectura del libro sexto de la Eneida. Ahora bien: en contraste con Virgilio, Lucano, pervirtiendo sin complejos su modelo literario, siempre tan delicado y contenido, no envía a su Sexto a los prados de los bienaventurados a recibir serenos y esperanzados mensajes sobre la futura gloria de Roma. De hecho, ni siquiera tiene que bajar hasta allí, porque el infierno entero se va a materializar ante sus ojos. Y ante los nuestros. En efecto: Lucano, haciendo gala de un absoluto desenfreno en la descripción de lo sórdido, lo repugnante, lo impío y lo macabro –y todo ello entreverado de un páthos barroco y tremendista–, logra crear un relato único y sin parangón en la literatura de la Antigüedad.

Cuando los caudillos plantaron sus tiendas
en aquella tierra execrada por los hados,
los barruntos que anunciaban la guerra
venida los agitaron a todos, y se hizo evidente
que se acercaba la hora decisiva del supremo trance
y que ya los hados se avvicinaban. Temblaban
los pusilánimes e imaginaban cosas aún peores.
Unos pocos, haciendo acopio de valor,
sopesaban miedos y esperanzas.
Mas entre la caterva de los cobardes hallábase
Sexto, indigno hijo de su padre, el Grande,²¹³

²¹³ Pompeyo el Grande (106-48 a. C.), padre del mencionado Sexto Pompeyo.

quien había de ver cómo él, en el futuro,
desterrado y merodeando entre las olas de Escila,²¹⁴
cual pirata siciliano, iba a mancillar sus triunfos
sobre el mar.²¹⁵ Incapaz de soportar la espera,
inquieto por cuanto pudiera acontecer,
el miedo lo empuja a saber de antemano
los cursos del destino. Mas no consulta
los trípodas de Delos o el antro de la Pitia;²¹⁶
ni halla contento en escrutar en el bronce de Júpiter
los tañidos de Dodona —la nodriza de los hombres,
la de los frutos primeros—;²¹⁷ o en indagar
quién puede conocer los hados en las vísceras,
quién interpretar las aves;
quién observa los rayos en el cielo
o quién escudriña los astros según la asiria ciencia.
O cualquier otra cosa que, aun arcana,
estuviera permitida por la deidad.
Él sabía de los secretos, aborrecidos por los dioses,
de los magos crueles, de sus tétricos altares,
profanados por ritos siniestros, de los juramentos
por las sombras y Plutón. Y era, para aquel infeliz,
patente que los dioses celestes sabían poco.
Y su estéril y atroz locura se acrecienta
merced al propio paraje

²¹⁴ Véase nota 40.

²¹⁵ En el año 67-66 a. C., Pompeyo había vencido a una flota de piratas de Cilicia que infestaban el Mediterráneo.

²¹⁶ El oráculo de Apolo.

²¹⁷ En el santuario de Dodona, uno de los más importantes y antiguos oráculos griegos, los sacerdotes interpretaban los designios de los dioses a partir de los susurros de las hojas de las encinas, el árbol consagrado a Zeus. Según otra tradición posterior, la adivinación se producía a partir de los sonidos que producía el viento al golpear unos calderos de bronce colgados del techo del templo.

y a los muros vecinos al campamento,
donde moraban las hemónidas, hechiceras
cuyos prodigios ni las fábulas, en sus excesos,
podrían superar y cuyas artes
iban más allá de lo creíble. Más aún: la tierra tesalia
engendra entre sus peñas hierbas venenosas
y piedras capaces de oír a los magos
cuando entonan sus cantos misteriosos y siniestros.
Nacen allí muchas cosas
capaces de forzar a los dioses: en tierra hemonia,
la forastera de Cólquide²¹⁸ recogió hierbas
que no había traído con ella.
Los cantos impíos de esa sacrílega raza
seducen los oídos de los dioses del cielo,
sordos a tantos pueblos, a tantas gentes.
Solo su voz penetra hasta las profundidades
del éter, y hasta allí hacen llegar palabras
que fuerzan la voluntad de deidades
que jamás dejan de velar por el firmamento
y el voluble cielo. Cuando sus malditos murmullos
alcanzan las estrellas, entonces,
la pérsica Babilonia y Menfis, la de los misterios,
abren los arcanos todos de los magos antiguos
y arrastran a los dioses celestes hasta las bárbaras
aras tesalias. Merced a esos cantos de Tesalia,
filtranse en el corazón desabrido
amores ajenos a los hados, y arde el viejo severo
en ilícitas pasiones. Y no solo aprovechan ellas
las pociones venenosas o roban con sigilo
el hipómanes, rebosante de jugo, de la frente
de una potrilla recién nacida, prenda amada
de su madre: las mentes no corrompidas

²¹⁸ Medea.

aún por ingerir la ponzoña de un veneno
perecen al ser ensalmadas.
A aquellos a los que no ha unido
la mutua atracción del lecho o el poder
de la lasciva belleza, a esos los arrastran ellas
entre el mágico remolino de sus hilos retorcidos.
Se estancan los ritmos de la vida, y las noches
prolongadas frenan la llegada de la aurora.
El éter no obedece las leyes, y el mundo,
al oír sus ensalmos, entorpece su carrera.
Y Júpiter, el que lo impele sobre sus rápidos ejes,
se asombra de que los polos no se muevan
ni aunque los apremie. Unas veces llenan el mundo
de lluvias, acumulan nubes ante el cálido Febo,
y el cielo truena a espaldas de Júpiter.
Y con las mismas voces dispersan, otras,
las húmedas nieblas y las brumas
de sueltos cabellos. Y, cuando cesan los vientos,
encrespan el mar; mas, luego, tras prohibirle
que haga caso de las galernas,
él enmudece aunque lo agite el noto.²¹⁹
E hinchan las cóncavas velas arrastrando
las naves contra el viento. Queda el torrente
detenido en una roca cortada a pico,
y el río remonta su cauce. No acrecienta el verano
al Nilo, endereza el Meandro su curso y apremia
el Saona²²⁰ al Ródano moroso hinchando sus aguas.
Y, tras rebajar sus cumbres, allanan
los montes sus cimas. Alzando su vista,
el Olimpo divisa las nubes. Aunque no brille el sol,
entre la bruma helada se funden las nieves de Escitia.

²¹⁹ Véase nota 148.

²²⁰ Río de Francia, afluente del Ródano.